



La decisión de Carter de prohibir la exportación de cereales a la Unión Soviética como respuesta a la intervención armada de este país en Afganistán ha provocado, dentro y fuera de los Estados Unidos, reacciones contrapuestas (ver "Puntos cardinales" en TRIUNFO, número 888). ¿Es o no moralmente lícito utilizar un boicot de alimentos como medio de presión política? El propio Carter negó esa posibilidad durante su campaña electoral. Pero también aseguró, por ejemplo, que reduciría el presupuesto militar norteamericano. No es, sin embargo, la primera vez en este siglo que Norteamérica se vale del arma del trigo —o de los alimentos en general— para conseguir objetivos políticos en el exterior.

EL ARMA DEL TRIGO

JOAQUIN RABAGO

Y A inmediatamente después de la guerra del 14 al 18, Herbert Hoover se encargó de enviar a la Europa Oriental importantes partidas de alimentos para apoyar a las fuerzas que allí se oponían a la recién estrenada revolución bolchevique. Y nada más acabar el posterior conflicto mundial, el Presidente Truman lanzaría un nuevo programa de ayuda alimentaria a Italia y Francia con la esperanza evidente de frenar el peligroso deslizamiento hacia la izquierda de las clases trabajadoras de ambos países. El Plan Marshall para la reconstrucción europea, iniciado en 1948, tal vez sea el ejemplo más significativo de esa política de utilización de la ayuda económica con fines claramente políticos.

Sin embargo, es sólo al iniciarse la década de los setenta, con Nixon ya en la Casa Blanca, cuando el Gobierno norteamericano comienza a elaborar una estrategia global de reconversión de la agricultura norteamericana, destinada a colocar al país, en el plazo de sólo unos años, en una posición de cuasi monopolio en el mercado mundial de cereales. Un informe de la CIA, fechado en 1974, explica con claridad los objetivos de Washington: "En un mundo en el que, como consecuencia del previsible enfriamiento climatológico, se recrudecerá el hambre de muchos pueblos, Washington gozará —gracias a su capacidad exportadora de cereales— de un poder ilimitado sobre la vida y la muerte de millones de seres humanos".

El informe redactado por esa Comisión —bautizada con el nombre de su presidente, Williams— señalaba como causas principales del déficit de la balanza de pagos los costos cada vez más altos que suponía mantener el poderío mundial norteamericano, la creciente dependencia del país de las importaciones de materias primas y, como tercer factor, la política, muchas veces ajena a los intereses nacionales USA, de muchas firmas multinacionales.

Según ese informe, los Estados Unidos sólo podrían ser realmente competitivos en sectores como el de la fabricación de productos que exigen una tecnología muy avanzada y, sobre todo, el agrícola. Las conclusiones del informe Williams servirían de base para la "nueva política económica" de Nixon, que trataría de convertir la agricultura norteamericana en una eficaz y competitiva industria exportadora. Para ello, será imprescindible la liberalización del mercado interior.

Hasta entonces, el intervencionismo de la Administración en

el sector agrícola había procurado evitar las crónicas amenazas de superproducción y la consiguiente caída de los precios en el mercado interior. El Gobierno había elaborado programas de apoyo a los granjeros que equivalían en la práctica a la fijación de precios estables, previo control de la producción por el sistema de reducir la superficie total cultivable. Aunque los programas habían fracasado en parte debido a que los precios relativamente altos garantizados por la Administración actuaban más como estímulo a la producción que como freno.

Los intereses de la mayoría de los granjeros no coincidían, empero, con los de las grandes compañías dedicadas al comercio del trigo, ya que a éstas les convenía un mercado totalmente libre y sujeto a todo tipo de oscilaciones, que permitiesen obtener, mediante hábiles especulaciones, las máximas ganancias. Algo imposible con los precios y la producción estabilizados por la continua intervención estatal.

La "nueva política económi-

ca" de Nixon se encargará precisamente de despejar el terreno de obstáculos y restricciones de modo que las grandes compañías puedan competir libremente en el mercado exterior. El primer paso consistirá en la devaluación del dólar, en agosto de 1971, que abaratará considerablemente los productos made in USA. Gracias a esta medida monetaria y a una coyuntura internacional favorable —descenso de la producción agrícola mundial y apertura del mercado soviético a los cereales norteamericanos, hecho realmente histórico—, las compañías que operan en Estados Unidos realizarán, tanto en 1972 como en 1973, unas ganancias sin precedentes, que servirán al mismo tiempo para reequilibrar la balanza de pagos norteamericana.

De ese modo fortalecidos, los grandes comerciantes de cereales tratarán ahora de hacer frente a un nuevo e importante rival: la Europa comunitaria. Un segundo informe, emitido por una comisión que preside Peter Flanagan, subraya la importancia que pueden adquirir con el tiempo las exportaciones cerealícolas norteamericanas a la Europa Occidental y Japón.

Las compañías presionarán con éxito a la Casa Blanca para que ésta amenace con medidas proteccionistas contra las importaciones industriales procedentes de la Europa Occidental como represalia por la política agrícola común de los países de la CEE y las subvenciones que reciben las exportaciones europeas, ya que

La "nueva política económica" de Nixon

En 1971, por vez primera en el siglo, la balanza de pagos norteamericana registra un déficit alarmante. Pocos meses antes, cuando ya comenzaban a barruntarse las primeras dificultades económicas, Nixon había ordenado crear una Comisión que debía aconsejar al Gobierno en asuntos de comercio exterior y política de inversiones.

LAS CINCO GRANDES

Cargill, Inc. Fundada en 1865 en Estados Unidos. Un 85 por 100 del capital pertenece a dos familias, la fundadora, Cargill, y la Mac Millan, que se asoció con aquélla en 1909. Es, por su volumen de negocios, la mayor compañía privada norteamericana. Controla aproximadamente la cuarta parte de las exportaciones de cereales de Estados Unidos. Últimamente ha diversificado sus actividades como cualquier multinacional.

Continental Grain Company. Fundada en Bélgica en 1813. Pertenece desde entonces a la familia Fribourg, la cual huyó a los Estados Unidos a raíz de la subida de Hitler al poder. Junto con la anterior, controla aproximadamente la mitad del comercio internacional de cereales.

Cook Industries, Inc. Hasta los años sesenta, esta firma se dedicaba básicamente al comercio de algodón. La familia Cook controla sólo un 39 por 100 de las acciones. Su

participación en el comercio exterior de cereales norteamericano es de entre un 10 y un 18 por 100.

Bunge Corporation. Forma parte del imperio financiero Bunge and Born. Inició sus actividades en Argentina, después de que se uniera Ernesto Bunge con Jorge Born para constituir una compañía dedicada a la exportación de cereales. Bunge and Born comenzaron a operar en Estados Unidos en 1919. La sede central de la firma se trasladó recientemente de Argentina a Brasil, en busca de mayor seguridad. Alguno de sus miembros había sido secuestrado por guerrilleros izquierdistas.

Louis Dreyfus Corporation. La sede está en Francia, país donde la familia Dreyfus se dedica desde 1942 al comercio de trigo. Hay lleva a cabo otras actividades muy diversas: bancarias, ventas inmobiliarias, astilleros, etc. Controla el 10 por 100 del comercio exterior de cereales USA. ■

restan capacidad competitiva a las norteamericanas.

¡A comer pan, asiáticos!

En 1973, las exportaciones USA alcanzan un nuevo record que deja los silos prácticamente vacíos. La Administración Nixon considera que ha llegado el momento de dar el gran salto hacia la liberalización total del mercado de cereales. Una ley agraria deja sin efecto las restricciones sobre superficie cultivable y reduce al mínimo las subvenciones.

Como resultado de todo ello se produce una tendencia acusada a la concentración y absorción de las granjas más pequeñas por las más grandes, y de algunas de

nados básicamente a la exportación, en beneficio —claro está— de las grandes compañías norteamericanas, como la United Fruit, Del Monte, etc. Ahí está, por ejemplo, el caso de Colombia, que hoy tiene que importar hasta el 85 por 100 del trigo que consume.

Al mismo tiempo, mediante hábiles estrategias de penetración, a veces disfrazadas de "ayudas", los Estados Unidos han conseguido convencer también a numerosos países para que monten industrias integradas de producción de carne (industrias avícolas, por ejemplo), que convierten indefectiblemente a esos mercados en seguros importadores de piensos norteamericanos.

En otros casos, Washington ha

Kissinger, que compartía sin duda esa opinión, ordenó en 1973 un informe sobre la dependencia de los países tercermundistas respecto de USA como proveedor de alimentos. El secretario de Estado norteamericano iba a convertir este tipo de ayuda en un importante instrumento de su agresiva política exterior.

En 1974, por ejemplo, USA envió a Vietnam del Sur y Camboya alimentos por varios cientos de millones de dólares. El dinero obtenido mediante la venta de los mismos en el mercado libre de esos países se destinaba a engrosar sus ya hinchados presupuestos militares. Mientras tanto, un pueblo que estaba al borde de la inanición, como el de Bangla Desh, hubo de contentarse con las migajas.

contento de la clase media, y ésta reaccionó como sabe.

Inmediatamente después del golpe pinochetista, Chile recibió de USA las mayores partidas de alimentos de todas las destinadas a Latinoamérica. Washington envió mercancías por un valor de hasta 35 millones dólares. Los alimentos se vendieron en Chile en el mercado libre, y con el dinero obtenido, la Junta pudo volver a comprar nuevas armas... a los Estados Unidos, naturalmente.

Kissinger volvería a utilizar ese medio de presión en 1974 para atraerse a Egipto a la órbita política norteamericana, lejos de los países árabes radicales. Y cuando la OPEP organizó su embargo petrolero, el secretario de Estado culpaba públicamente a los países productores de la inflación mundial, "que impedía que las naciones en vías de desarrollo pudiesen comprar alimentos y piensos".

El arma del trigo ha tenido, pues, como vemos, diversos usos. Sin embargo, hasta ahora prácticamente todos habían coincidido con los intereses de las grandes compañías cerealícolas. El embargo decretado por Carter contra la URSS como represalia por su invasión de Afganistán va, por el contrario, contra aquéllos. Parece ser que el Presidente actuó por su cuenta y riesgo sin consultar siquiera a su ministro de Agricultura y sin tener idea de los intereses implicados. De ahí que los comerciantes hayan puesto inmediatamente el grito en el cielo. No por razones humanitarias, por supuesto. No les preocupa el hambre que pudiera pasar el pueblo soviético (aunque ése no será tampoco el caso: la URSS dispone de suficiente trigo, y el embargo afectará sobre todo a los piensos, lo que significará únicamente que habrá menos carne). Lo que indigna a las grandes compañías (ver recuadro) es el hecho de que la decisión de Carter da al traste con su estrategia comercial. Aunque el Presidente les haya prometido después que el Estado compraría el trigo destinado en principio a la URSS, la realidad es que los silos volverán a llenarse hasta rebosar, lo que hará que los precios se hundan de nuevo. Y esto es algo que ni siquiera por razones de patriotismo los comerciantes están dispuestos a admitir. ■



El carguero soviético "Magnitogorsk", en el puerto norteamericano de Baltimore, antes del embargo.

estas últimas por las compañías. Mientras tanto, los precios de los alimentos en general se disparan. Es el comienzo del ciclo inflacionista.

En los países en vías de desarrollo, la elevación de precios tiene resultados catastróficos porque —por paradójico que parezca en muchos casos— esos países dependen cada vez más de las importaciones para su alimentación. Muchas de esas naciones, que eran autosuficientes a comienzos de siglo, fueron obligadas o convencidas por Norteamérica para que sustituyesen sus agriculturas tradicionales, adecuadas a sus necesidades internas, por otros tipos de producción más comercializables, desti-

conseguido que países que antes no conocían el pan de trigo —como Japón o Corea del Sur— sean hoy importantes consumidores de ese alimento. Y a través de organismos como la AID (Agency for International Development), los poderosos "lobbies" cerealícolas han impedido que muchas naciones tercermundistas pudiesen desarrollar sus propias industrias de producción de piensos para que se viesen así obligados a importarlos de USA.

¿Debe, pues, extrañarnos que un portavoz de los comerciantes cerealícolas calificase en cierta ocasión a la economía como "el arma más importante del arsenal norteamericano: más importante aún que nuestros misiles"?

Kissinger se valdría también de ese arma para precipitar el golpe contra el régimen de Salvador Allende en Chile. Durante el Gobierno de la Unidad Popular, las masas trabajadoras chilenas vieron aumentar su poder adquisitivo, y con ello se elevó también su nivel de consumo. Sin embargo, los latifundistas sabotearon la producción interior, por lo que el Gobierno hubo de recurrir cada vez más a las importaciones. Con sus reservas de divisas casi agotadas y las posibilidades de obtener nuevos créditos bloqueados por los Estados Unidos, Chile no pudo seguir importando alimentos. Ello creó graves problemas de abastecimiento, que agudizaron el des-